



MARTA RODRÍGUEZ, SU MIRADA SIEMPRE PRESENTE

LAURA MORA ORTEGA

Cineasta colombiana.
Directora de *Matar a Jesús* (2017)

Marta Rodríguez
Foto por Karloz Byrnison

El primer impulso, cuando se me pide escribir sobre una película colombiana, ojalá dirigida por una mujer, es, inevitablemente, hablar una y mil veces de Marta Rodríguez y de su obra magistral *Chircales* (1972), realizada junto a Jorge Silva. Alguien me decía hace poco, después de verla por primera vez, que le parecía inaudito que no fuera una película vital y casi que obligada en la cultura colombiana. Que más que una obra documental, le parecía un documento de nuestra historia de injusticia y de horror.

El primer impulso, cuando se me pide escribir sobre una película colombiana, ojalá dirigida por una mujer, es, inevitablemente, hablar una y mil veces de Marta Rodríguez y de su obra magistral *Chircales* (1972), realizada junto a Jorge Silva. Alguien me decía hace poco, después de verla por primera vez, que le parecía inaudito que no fuera una película vital y casi que obligada en la cultura colombiana. Que más que una obra documental, le parecía un documento de nuestra historia de injusticia y de horror.

Tiene razón, no sólo esa obra ya nos hablaba de una voz femenina potente, que debería ser citada y tenida en cuenta siempre en nuestra breve cinematografía, sino ante todo porque entre dureza y poesía nos habla de un país negado a la modernidad. Donde a finales de los años sesenta nos presenta estos chircales como lugares de esclavitud. Un país anclado al feudalismo y al dominio de los gamonales. Una gente entregada a la creencia religiosa, que recibe su lugar en el mundo con resignación. Aunque la obra de Marta Rodríguez pone de manifiesto sus quejas ante el abuso y la explotación en esos testimonios que atraviesan las imágenes, la sublevación nunca aparece como una opción real.

Tras haber visto *Chircales* en repetidas ocasiones, es imposible no preguntarse quién es aquella que estaba detrás de esas imágenes, quién es aquella que logra tanta honestidad de parte de quienes se ponían en frente suyo, mirando muchas veces directo a la cámara y de manera

Filmografía destacada de Marta Rodríguez

1972
Chircales
Codirección: Jorge Silva

1975
Campesinos
Codirección: Jorge Silva

1982
Nuestra voz de tierra, memoria y futuro
Codirección: Jorge Silva

1988
Amor, mujeres y flores

1972
Planas: testimonio de un etnocidio
Codirección: Jorge Silva

1981
La voz de los sobrevivientes
Codirección: Jorge Silva

1987
Nacer de nuevo

1992
Memoria viva

estoica, con una dignidad y un grito silencioso. La cámara es un elemento amenazante; cuando la realizadora logra ese nivel de no presencia, alcanza, como decía Tarkovsky, el verdadero sentido del arte. *Chircales* es una obra que pone a la mujer en la mitad de la tragedia. Nos habla en pleno del sistema patriarcal, la esclavitud que se desprende de ahí mismo y del maltrato intrafamiliar que una mujer nos relata de manera absolutamente normalizada, el destino de la mujer a parir y a obedecer.

Tras pasar todo el día con sus pequeños hijos cargando, sin importar la edad, los pesados ladrillos, como quien carga sobre la espalda el peso de un país y sus injusticias, en la noche un hombre borracho la maltrata, ese mismo hombre borracho que manchará de cerveza el vestido de primera comunión con el que su hija desde siempre había soñado. Esa misma joven que de manera casi automática nos recita los siete mandamientos mientras se pone su vestido impecable de primera comunión: bautizo, confirmación, penitencia, comunión, orden y matrimonio. Las imágenes de ese suntuoso vestido en medio de la precariedad son de una fuerza poética impresionante. Ese vestido que parece más un vestido de novia, porque al final representa la misma cosa: la unión a Cristo y la unión marital. El matrimonio como el fin de todas las cosas para una mujer. Marta Rodríguez es una resistente, una mujer que a sus ochenta y pico de años nos entrega *La sinfónica de los Andes* (2019), documental que no he tenido la posibilidad de ver, pero no me cabe duda que tendrá su sello, que es ese de la coherencia, de aquella que sigue sintiendo un grado de preocupación por el país y que quiere estar del lado de los más débiles.

He oído muchas veces que las mujeres en el cine somos retratadas de la misma forma, en los mismos lugares, porque hemos sido casi siempre contadas a través de los ojos de los hombres. No quiero controvertir tan generalizada opinión, pero quiero aprovechar este texto, el impulso y la adrenalina que me produce hablar de Marta Rodríguez, para pensar en algunas de las mujeres de nuestro cine más reciente: unas han estado detrás de las historias, otras son los personajes femeninos que nos han presentado en la pantalla.

Aclaro, que algunos de los personajes que mencionaré, han sido creados por autores hombres, que sin embargo, han tenido una enorme





sensibilidad con ese lugar que ocupamos las mujeres de este país, que sigue en muchos casos siendo el mismo que retrató Marta Rodríguez, un país que sigue negándose la posibilidad de por fin dar el paso, y acceder a la modernidad.

Hay un personaje femenino que me produce fascinación por lo enigmático. Es la joven protagonista de *La sirga* (2012) en la película del caleño William Vega. Alicia, una joven desplazada, ocupada y habitada por silencios. A quien el trauma de la guerra la ha desterrado del mundo de las palabras. Resiste, a pesar de que el pasado claramente la atormenta. No llora, se sostiene, sola en ese paisaje hermoso y frío de La Cocha, donde todo el tiempo hay una tensión inexplicada, un miedo, que sólo puede venir de ese fuera de campo ominoso y silencioso de la guerra. En Alicia, veo a las jóvenes campesinas que llevan sus dolores y sus traumas con una dignidad estoica heredada seguro de los antepasados indígenas. En ella reconozco algo de esas mujeres miradas por Marta Rodríguez.

En este desordenado recorrido por mis memorias cinematográficas locales, que son afortunadamente potentes, pienso en la directora Clare Weiskopf con su documental, tan íntimo, autobiográfico y valiente, *Amazona* (2017). También allí encuentro la resistencia, la persistencia en la mirada de quien hace las preguntas más profundas y tantas veces dolorosas sobre la maternidad. Allí también veo un destierro, autoinfligido quizás, y a esta mujer extranjera de rasgos fuertes que es confrontada de manera amorosa por su hija. En ella también descubro ese país que se cuele incluso por las grietas de las decisiones más íntimas de nuestra existencia.

Imposible no ver a Leidy, ese personaje memorable de Víctor Gaviria en *La vendedora de Rosas* (1998) hablando en el puente con la imagen alucinatoria de su abuela, que se nos presenta como una virgen, porque así se vuelve la abuela de todos y todas. Leidy está expuesta a las violencias, constantemente sufre uno por ella, porque la violen, porque le roben más de lo que le han robado siempre, y sin embargo Leidy es resistente y amorosa, y entiende lo que nosotros nos negamos: la finitud de la vida, y el final trágico que viene con en el azar de haber nacido en los confines olvidados del estado.

En *Pájaros de verano* (2018), codirigida por Cristina Gallego y Ciro Guerra, la historia de los clanes de La Guajira y su descenso por el atractivo mundo del narcotráfico que no es más que el del capitalismo puro y excitante. El conflicto que narra, en el fondo, es la posibilidad de la pérdida de esas tradiciones milenarias representadas en un idioma, en el colorido de sus mantas y los sueños, como mensajes de un oráculo, que aparecen interpretados por una abuela wayuu que nos guía



por el inclemente desierto. Esa abuela nos pone de manifiesto la autoridad femenina, nos recuerda que aquí las familias no siempre han sido lideradas por hombres y, sin ningún prejuicio, nos confronta ante el dilema de la continuidad de las tradiciones que llevan a las mujeres, muchas veces a elegir en contravía de sus propios deseos. De nuevo un país, de nuevo el paisaje, de nuevo la tragedia, de nuevo la resistencia.

La tierra y la sombra (2015), ganadora de la cámara de oro en el Festival de Cannes, del director César Acevedo, es la sutil y hermosa historia de un reencuentro y una despedida. Allí aparecen dos mujeres, la madre y la abuela, que sostienen el engranaje de una familia. Conmueve verlas trabajar en los cañaduzales, también explotadas, verlas volver a casa cada noche manchadas del hollín de la quema, a esa casa impecable, en esa lucha constante por no perder el lugar, el físico y el simbólico. En la imagen final de la abuela que elige quedarse sola, ahí, plantada como el árbol, cimentada como la casa, resistiendo al tiempo y a ese desarrollo amenazante, de nuevo veo a Marta Rodríguez presente.

Como autora, Daniela Abad, nos entrega en su último documental *The Smiling Lombana* (2019) la historia de su abuelo materno. Busca indagar en los secretos familiares y, con un pulso impresionante, nos pone de manifiesto cómo todos hemos sucumbido ante la falsedad estética y narrativa del narcotráfico. Pero también nos presenta, aunque sea solo a través de su voz, a su abuela Laura, inmigrante italiana, una mujer enamorada de un mulato cartagenero. A través de ella y su deseo de familia, nos propone enfrentarnos a esta idea tan implantada en las mujeres de soportar y callar. Solo nos quedan esos fotogramas en super 8mm tan románticos y nostálgicos de un mundo que no fue. El país y su tragedia, el hombre y su ambición, se atraviesan en esos fotogramas inhabilitando el retrato familiar soñado.

En este pequeño, desordenado y arbitrario recuento —como todo lo que tiene que ver con la subjetividad— aparece el espíritu resistente y combativo de la mirada de Marta Rodríguez. En esas mujeres del cine colombiano, ya sean las autoras o los personajes que encuentro memorables, ya sean las historias de ficción y de no ficción, está el país de *Chircales*, están las mujeres mirándonos de frente a la cámara, está el paisaje dictando nuestro porvenir y nuestra tragedia, está esa búsqueda incesante de lo qué somos, como quien se pierde constantemente en la bruma y aparece en el mismo lugar. ■



Filmografía destacada de Marta Rodríguez

1998 <i>Amapola, flor maldita</i>	2001 <i>Nunca más</i>	2004 <i>Una casa sola se vence</i>	2009 <i>Testigos de un etnocidio</i>
1999 <i>Los hijos del trueno</i>	2002 <i>La hoja sagrada</i>	2006 <i>Soraya: amor no es olvido</i>	2019 <i>La sinfónica de los Andes</i>